

813
L.

Pa2623

•E6

R68

v.2

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. J. Pueyo. Luna, 29
Teléf. 14-30 - MADRID

SEGUNDA PARTE

•EL PULPO•

CAPITULO PRIMERO

OLAJAI DE NUEVO SE CONDUELE DE HABER HABLADO DEMASIADO Y SE VENGA HABLANDO AÚN MÁS

Las cúspides de los pinos emergían ya de la noche como estirados y pálidos fantasmas, y el horizonte se teñía por Oriente de una franja verdosa y siniestra, cuando el pastorcillo enviado por Rouletabille a espiar a los gitanos volvía presuroso al mesón.

Había presenciado de lejos, colgado como una ardilla de la rama de un árbol, el suplicio del bohemio, espectáculo que le interesó sobremanera (1). Era un espíritu infantil, probo y sencillo, hecho a la vida de la naturaleza; bueno con los animales, que amaba como si fuesen miembros de su familia; pero curioso, como se suele ser a esa edad.

De esta «diversión» excepcional se despegó cuando el movimiento general de la banda, la precipitación con que empezaron a enganchar a los pencos le ad-

(1) Véase la primera parte de esta obra, titulada *El Libro de los Antepasados*.

virtió que los cingaros se disponían a levantar el campo de New-Wachter y de sus aldeaños. Temió que se le escapase la recompensa prometida, y de una tirada llegó corriendo a la venta.

Eran las tres y media de la madrugada. Las noches son cortas en esta época del año... La puerta del mesón estaba a medio entornar y pudo ver a Rouletabille en el patio, contratando con el hostelero Otto el alquiler de dos valientes jacas, que para todo servicio utilizaba hacía quince años. Otto argüía que necesitaba las bestias aquel día y por nada del mundo podía cederlas. Rouletabille ofreció una cantidad que tuvo la virtud de poner a todos de acuerdo, y, sin más dilaciones, saltó a la silla.

Mandó llamar a Hubert, que en su cuarto estaba entregado al aseo de su persona. Cuando se presentó y echó una ojeada a la acémila que se le asignaba, hizo una rara mueca.

—No cabe elección—le espetó Rouletabille—. ¡En marchal! Los gitanos están ya levantando el campo.

El repórter exigió caballos, porque aún no confiaba en su agilidad para arriesgarse a pie a semejante aventura y no quería de ningún modo que Hubert advirtiera claramente su estado de inferioridad.

El pastorcillo les precedía al trote. Ya en la linde de la selva, el niño indicó con un gesto el camino que conducía en línea recta al campamento de los cingaros, reclamó su deuda y partió veloz como la liebre.

Minutos después, los dos jinetes se detuvieron al oír lamentos y apagados gemidos.

Se apearon, ataron las acémilas y con gran precaución se internaron en el bosque... Así llegaron al lugar donde habían acampado los gitanos; ya no estaban allí los carros, pero aún caldeaban las cenizas de las hogueras. No se veía allí a alma viviente; pero las quejas, un momento acalladas, resonaron de nuevo más lastimeras...

Rouletabille ojeó por la maleza, separó unas ramas y llamó a Hubert. Allí vieron a un desdichado que se desangraba por numerosas heridas e impotente para incorporarse...

Rouletabille lanzó un grito:

—¡Olajai!

Aqué! fué un grito de horror provocado por el espanto que le produjo el espectáculo de aquellos pies calcinados.

Olajai abrió los ojos, y al reconocer a su amo le sonrió tristemente y entreabrió los labios como pidiendo de beber... Rouletabille le puso entre los dientes la cantimplora y así le hizo beber, mientras Hubert le sostenía la cabeza.

Cerca de allí serpenteaba un riachuelo. Rouletabille encargó a Hubert que empapase una toalla y dijo entretanto al bohemio, sosteniéndole a su vez:

—¿Por culpa mía te han herido?

El gitano asintió con la cabeza.

Hubert volvía raudo.

—No se fie usted—subrayó el cingaro—. Cualquiera día hacen con usted lo mismo. ¡Vuélvase allá, a París!

—¿Y la señorita de Lavardens?—preguntó con ansiedad el repórter.

El gitano meneó la cabeza.

—¡Ah! Es la anhelada reina. No la devolverán jamás.

Hubert, que se había arrodillado para lavar al doliente las heridas, al oír las últimas palabras del cingaro se estremeció sobresaltado. No pasó a Rouletabille inadvertida la emoción de Hubert.

—Escucha, Olajai—dijo—. No hay que desesperar. Aún quizás podamos salvarte... Vamos a encargar que vengan inmediatamente en tu socorro; pero es preciso que mi amigo y yo demos al punto con las carretas. Han marchado por este camino, ¿no es así?

Olajai se levantó con sobrehumano esfuerzo. Brillaba la venganza en el fuego de sus últimas miradas:

—¡Se la han llevado por otro lado!

—¿Quiénes? ¿Andrés? ¿Calixta?

—... Y Zina... Pero le puedo decir... le puedo decir... dónde... han de reunirse todos.

Un momento cerró los ojos, como si fuese a expirar.

—¡Olajai! ¡Olajai! gritó Rouletabille—. ¿Dónde... dónde han de reunirse?

El herido dejó escapar un nombre con un soplo, que parecía ya estertor de agonía:

—En Temesvar-Pest.

—¡Vayámonos!—gritó Rouletabille a Hubert—. Temesvar está muy cerca de Sever-Turn. Y si Odette entra en Sever-Turn ya no saldrá de allí jamás.

Con gran estupefacción del repórter, Hubert le respondió:

—Vaya usted sin más tardanza, que ya me reuniré con usted; no puedo dejar aquí abandonado a este infeliz.

—¡Adiós, Olajai!—dijo Rouletabille, espetando a Hubert una mirada pletórica de recelo y amenazas.

Y desapareció en el bosque.

Daba por muerto al gitano, y, a mayor abundamiento, no había venido de tan lejos para salvar a Olajai, por más que siempre le sirviese con fidelidad probada. Lo primordial e importante era no perder la pista de Odette. El desgraciado Olajai había sido ya la primera víctima. Habría otras... ¿No estaba él en persona también al margen de serlo? El cariz de esta empresa se manifestaba terrible y feroz. Era menester revestirse el corazón de bronce.

Ya solo al lado del bohemio, y sin temor de ser desplazado por Rouletabille, Hubert continuó preguntando con aspereza. En la cantimplora de Rouletabille había agua...; pero en la de Hubert, fuego: un alcohol que reanimó de modo singular al ajusticiado... Este tenía aún la obsesión de su amo:

—¡Fué tan bueno conmigo! En cierta ocasión, hace

años, me salvó la vida; yo le doy en pago la mía... Pero que vaya con cuidado... Ya se lo avisé en Camargue... y se lo avisé a *El Pulpo*, cuando vino...

—¿Quién es *El Pulpo*?—preguntó Hubert.

—¡Ah! ¿Usted no lo sabe? Pues una amiga de mi amo y de Calixta... Vino a Santas-Marías... Quería ver a Calixta... La acompañé doquiera habían visto a Calixta... *El Pulpo* me había prometido, en cambio, que se llevaría a Rouletabille lejos... lejos de Odette. ¡Ah, si yo hubiera sabido cuando vino a casa allá... allá abajo... en París!...

—¿Quién?

—¡Odette!... Todos andan locos tras de esta Odette.

¡Ah! ¡Esto les traerá la desgracia!

—¿Odette fué a París?

—¡Sí!

—¿A casa de Rouletabille?

—¡Sí!

—¿Hace mucho?

—¡No! ¿Usted es amigo de él?... Pues procure que la olvide. Ello es preciso... ¡Es la reina anunciada por las Escrituras!

—Pero Odette no tiene la señal en la espalda—murmuró Hubert, devorando al gitano con la mirada.

—Sí—contestó el cingaro—. Tiene la señal en la espalda... la corona...

Y se incorporó para mirar a su vez a Hubert:

—¡Por su culpa muero! He hablado con exceso.

—Pero la señorita Odette no es cingara—agregó Hubert anhelante y en son de protesta.

—Es cingara de pura casta; ya conocí a su *raya*, a su madre, a su verdadera madre; el señor de Lavar-dens vivió en Sever-Turn... Allí se casó a usanza nuestra... La *raya* murió al dar a luz a una niña que amantó Zina... Zina se lo contará todo... Zina lo sabe todo... El padre huyó con la niña, como estaba escrito... Esta niña era Odette...

Hubert se irguió de un salto y echó a correr camino del mesón, dejando solo a Olajai, agonizante... Afortunadamente para él, pasó una carreta...

CAPITULO II

<¡SOCORRO, QUERIDO ZO!>

Los bohemios, desde la hora en que Calixta y Andrés se les llevaron a Odette, no vivían tranquilos, y no porque les inspirasen asomo siquiera de recelo los dos cingaros, y mucho menos Zina, que les acompañaba, sino porque temían cualquier funesto trance que les separase de su adorada reina para siempre. Hasta ese momento habían todos ellos formado una escolta segura, reforzada continuamente a medida que se iban acercando a Oriente; para ellos era un honor formar parte de esa escolta, y era al mismo tiempo seguridad plena para la raza. Hubieran acabado con mil rumfes en caso preciso antes que entregar a su reina. Ahora seguía su ruta casi sin defensa, y ellos sabían que iban a vérselas con su peor enemigo, con Rouletabille, hombre de inagotables recursos, el más pernicioso de los *gachts* (esto es, de

los extraños a la raza), causa para ellos de no pocos contratiempos y embarazos.

A pesar de cuanto les pudo relatar Sumbalo, no dieron nunca abandonar a aquella moza sagrada.

¿Qué dirían al gran *Coesre* (al supremo jefe, que lleva el látigo en forma de aspa para azotar al mundo) y al Patriarca, si alguna desgracia ocurría a la *queyra*? Se les consideraría responsables de la catástrofe y castigados cual merecían por el hierro y por el fuego.

El suplicio de Olajai ya no les divertía.

Se adueñó de ellos la fiebre de partir.

Rodearon a Sumbalo, y éste hubo de ceder a su presión; por lo demás, el mismo jefe de la tribu compartía la inquietud y la zozobra.

Partieron, pues, aceleradamente, chocando entre sí, atropellándose, enganchándose las carretas y dejando a sus espaldas aquel pingajo humano arrojado entre la maleza, sin preocuparse de su suerte.

Corrían a reunirse con su adorada reina... y huían de Rouletabille...

Pero Rouletabille ya no seguía sus pasos... Aleccionado por las pocas palabras que pudo arrancar a Olajai, iba siguiendo las huellas desviadas de una carreta que daba un gran rodeo para separarse lo más posible de la carretera. Dos horas hacía que llevaba a su caballo por las veredas más escabrosas, preguntándose cómo por tales atolladeros pudo pasar un ruin

carromato sin volcar cien veces, cuando de pronto columbró, a unos cien metros, la techumbre del carro hecha de tupida hojarasca. Estaba allí parado.

Sin duda, Andrés y Calixta creyeron aquel lugar seguro, al menos por unas horas, y adecuado para el descanso de las acémilas, harto rendidas.

Rouletabille se apeó, ató el caballo a un corpulento árbol, empuñó el revólver y se deslizó con cauta rapidez bajo el ramaje.

Seguía doliéndole el pie y de nuevo le ardía la espalda, pero no por ello dejaba de correr con la agilidad flexible y solapada de la serpiente.

Había llegado el momento de obrar, y no dudaba del éxito.

Creía que la suerte a la postre venía a favorecerle de modo singular. Iba a sorprender a gentes indefensas: a un hombre y dos mujeres. E iba dispuesto a tumbar a Andrés como a un perro, y a no andar con contemplaciones ni con Calixta ni con Zina si le oponían serias dificultades. Atravesó un bosque tupido y espeso, que le desolló con sus espinas y le envolvió entre cien lianas. Con paciencia de apache en hora de operaciones, se desembarazó de cada uno de aquellos lazos que le sujetaban y querían retenerle, y al parecer le prohibían seguir adelante.

Vió allí debajo una claridad pálida, vapor transpirado de la tierra a los primeros rayos del sol.

Nada le desvió de su ruta, orientada por la obser-

vacación de las altas cimas que coronaban el bosque con capiteles centenarios.

No hacía el menor ruido.

Seguro estaba de no haber aventurado un alerta. Debía de andar ya cerca de la carreta... Paróse a escuchar voces... mas sólo percibió chillidos de pájaros que en raudo vuelo huían, y eso fué todo...

Tras el último y callado esfuerzo... vió la carreta; allí estaba.

Todos dormían sin duda, acémilas y personas, menos Odette... quizás...

Rouletabille pisa ya las lindes del claro del bosque en que parada quedó aquella cabaña montada sobre ruedas.

Ya ve ante sí la puerta de dos hojas encristalada en su mitad inferior y protegida con sórdidos cortinajes, a la que se llega por una escalerilla de muy pocos peldaños.

Esta es la cárcel de Odette... éste el palacio de la reina de los gitanos...

¡Y en torno... nadie!

Las acémilas fueron desenganchadas y descansan sin duda en paraje contiguo a orillas de algún riachuelo... Rouletabille, que anda a gatas, se yergue revólver en mano; el corazón le late con fuerza... gana a puntillas la escalera, y de pronto cae sobre la puerta, que abre de formidable rodillazo.

—Arriba las manos.

¡Nadie!

La choza está inhabitada..., abandonada la carreta. Una frase escrita a punta de cuchillo en la pared de la choza, preña de lágrimas sus ojos: «Socorro, querido Zo.» «¡Querido Zo!» Luego sabía que él estaba allí, pensó. O bien, sin saber que él estuviese, recelaba que rondase en torno, acechando el momento propicio para libertarla. ¡Al cabo, *ella siempre confió en él, y a él llamaba y acudía!*

Ante esta idea, su corazón impetuoso cesó un instante de latir; frío sudor corrió por sus sienas...

Aquello sólo fué el vértigo de un segundo; luego él apareció más fuerte, que su imaginación, presa del delirio... En aquel momento vacilante, apeló, como siempre, al recurso de apoyarse *¡en la contera del buen sentido!*

¿Y qué le hacía ver el buen sentido? Le hacía ver una pareja de enamorados, un encantador nido de amor, y a Odette en brazos de Juan y recibiendo, como esposa, sus sonrisas... Y él caminaba sobre sus pasos, vigilando aquella dicha como amigo fiel y *como hermano.*

¡Ah! ¡Ella seguramente le había conmovido con toda su extraña gracia, que tantas cosas le traía a la memoria! ¡vana! ¡vana! Tú también, hija del Oriente, tenías esos ojos y esa sonrisa pletórica de inquietante misterio. Y ¡cómo te amó Rouletabille! ¡Vaya, Odette, vaya! Rouletabille sólo amaba a una imagen, la de

Ivana rediviva, pero en cuanto a la Odette de carne y hueso, era sólo para el amor de Rouletabille una hermana, una adorable y frágil hermanita, que tenía el deber de guardar para su amigo Juan.

Pero era menester para guardársela recuperarla antes, puesto que se la habían robado.

¡Adelante, pues!

Salió de aquella caja funesta... Ya no vacilaba; su desasosiego había pasado. ¡Dios mío! Le había llamado «querido Zo», como Ivana cuando le llamó desde el abismo de su infortunio para que le arrancase a la tiranía feroz del terrible Gaulow (1)... Vamos, Rouletabille, pide perdón a la sombra de Ivana, pide perdón a Juan y salva a tu hermanita. Los miserables la raptaron como lobos... Y ¿a qué guarida se la llevaron de momento? He ahí lo que hay que averiguar.

Rouletabille ha hallado la pista de los lobos... pista que sigue a pesar de sus numerosos rodeos y que pierde y que encuentra de nuevo y le fatiga durante horas...

Ahora su pecho es una fragua... toda su persona y todo en torno suyo arde, y hasta el bosque parece que se incendia...

Ha llegado al corazón de aquella selva de abetos.

Bajo el ardiente sol, los árboles descubren el bálsamo de la savia por las heridas de su corteza. Rouleta-

(1) Véase *El Castillo Negro*, del mismo autor.

bille apenas puede respirar; denso y urente vaho le cela el contorno peculiar de los objetos...

Va sin voluntad y extenuado por el suelo, que brinda a sus pies una alfombra de mil áureas agujas.

Y de pronto, y en el preciso momento en que va a cerrar los ojos, un hombre en la plenitud de su fuerza y de su orgullo se planta ante él... Llevaba sobre la espalda una ruin chaqueta, en forma tal, que daba a esta sórdida prenda cierto aspecto de manto de corte...

Roja faja, en que había empotrado extrañas armas, daba muchas vueltas a su cintura. Por encima de las polainas vestía unos calzones con galones, cortados quizás de viejo tapiz. ¡Estaba magnífico!

Rouletabille reconoció a Andrés; se irguió de un salto, revólver en mano.

Andrés sonrió con desdén.

—¿Qué vienes a hacer aquí?—le dijo con su voz metálica—. ¿Qué quieres de nosotros? ¿Por qué nos persigues?

—Porque sois ladrones de niños.

—¡Los ladrones de niños serán los que nos robaron a nuestra reina! ¡No la volverás a ver! Ya está en lugar seguro, donde se la llevó mientras *yo te atraía* aquí... Porque tenía aún que decirte la última palabra y darte el último consejo, que atenderás si tienes realmente apego a la vida... ¡Vuelve a Occidente!

—¡Oh!—dijo Rouletabille, nada impresionado por

el énfasis teatral del cingaro—. ¡Ya me habéis matado y no me he muerto!

Andrés no contestó; volvió lentamente sobre sus pasos y se internó en el bosque levantando los hombros...

En el fondo tiene razón—se dijo el repórter sin moverse del sitio—. Ya he seguido bastante a esa gentuza... ¡Ahora voy a precederla!

CAPITULO III

EN EL CUAL VEMOS APARECER DE NUEVO EL «LIBRO
DE LOS ANTEPASADOS»

HUBERT, que de un brinco montó a caballo, llegó como una flecha al mesón. En dos zancadas subió a su cuarto, abrió su maleta y de ella sacó el enorme libraco que ya conocemos y lo tendió sobre la mesa. Se sentó y empezó a hojear la obra con tal fiebre, que le temblaban las manos.

En fin, halló lo que buscaba: el texto de la profecía, cuyos términos recordaba poco más o menos... Volvió la página: vió que faltaba la siguiente... Se golpeó por haber ultrajado aquél libro, por haberlo deteriorado y saqueado como un bárbaro. No sólo le había desprovisto de las joyas que de él hacían el más valioso monumento de la bibliografía ortodoxa resguardada en lo más recóndito de los santuarios, sino que le había arrancado las páginas más sorprendentes, obra del arte paciente de iluminadores y miniatu-

ristas, compradas sin titubear a precio de oro por los bibliófilos extasiados.

¡Ah! ¡Qué página, qué página! ¡Cuánto daría ahora por poseerla!

Súbitamente decidido, pone de nuevo el libro en la maleta, baja sin atender a lo que le decía el mesonero, monta a caballo y a galope, de una tirada, llega a New-Wachter. Allí entra en Telégrafos y redacta la siguiente misiva: «Stevens, anticuario, calle La Boetie, París. ¿Conserva usted la preciosa página, iluminada con caracteres romanchos y ornada de miniaturas, que le vendí?» Firmó y agregó su dirección...

Pasó el resto del día aguardando la respuesta. De vuelta en el mesón, se echó sobre la cama. Lo que pudiera haber sido de Rouletabille, lo que pudiera haberles acontecido a los bohemios, le era en absoluto indiferente... Acabó por cerrar los ojos, pero no pudo dormir.

En fin, al anochecer le llevaron un telegrama, que leyó con avidez y guardó cuidadosamente en el bolsillo. En seguida bajó al vestíbulo.

Allí estaba un viajero recién llegado, que le volvió la espalda, inclinado sobre una maleta, de la que sacaba ropa blanca. Hubert se sentó y golpeó la mesa. El viajero se volvió. ¡Era Juan de Sautierne!

Ambos se reconocieron a la vez y encarados se miraron con hostilidad. Juan fué el primero que habló.

—Nos volvemos a ver—dijo en tono del mayor desprecio.

—Sí—replicó con voz apagada—. *¡Nos encontraremos siempre!*

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Rouletabille.

—¡Ah! Juan... por fin llegaste...

—Me parece que no he perdido el tiempo—dijo Juan estrechándole la mano—. ¿Cómo va tu herida?

—Curada...; no hago caso de ella. Es la mejor manera de curarla.

Luego, volviéndose hacia Hubert, dijo:

—Pues bien: en las circunstancias por que atravesamos, es de esperar que esté usted encantado de la llegada del señor de Sautierne... Yo en persona le induje a que viniera... Ayer sólo éramos dos. Hoy ya somos tres. Ya pueden andar con ojo los gitanos. Vaya, señores: se trata de salvar a Odette... Les juro a ustedes que no somos demasiados para la tarea. A estrecharse, pues, las manos y que no haya, *por ahora*, otro problema que la salvación de la señorita de Lavardens.

—Sea—dijo Lauriac.

—¿Cómo andamos—preguntó Juan a Rouletabille—en el asunto de Odette?

—Bien. Sólo es preciso ahora que permanezcamos unidos. Nuestra unión es tanto más necesaria cuanto que va a ser forzoso que nos separemos...

—No, yo no te dejo...—dijo Juan.

—Entonces nos será preciso por ahora despedirnos del señor de Lauriac, que sin duda aceptará la misión de pasar la frontera a la zaga de los gitanos sin cesar de vigilarlos. De todas suertes, nos encontraremos en Temesvar.

—¿Puedo saber—preguntó Hubert, inquieto y receloso—, puedo saber qué motivo importante viene precisamente a separarnos cuando parece que usted logró por fin su objeto de reunirnos?

—Es preciso que yo dé un pequeño rodeo hasta Innsbruck—insinuó Rouletabille mirando de reojo a Hubert.

Este se estremeció.

—Hasta Innsbruck.

—Sí; espero allí encontrar al corresponsal de nuestro diario, que estuvo destacado precisamente en Temesvar durante la última guerra y podrá darnos útiles informes e inapreciables avisos...

—¡Qué coincidencia!—exclamó Hubert—; es preciso que yo también dé un pequeño rodeo hasta Innsbruck, y por la razón más baladí: para hacerme con dinero. Debo cobrar allí un cheque...

—Si necesita usted dinero, señor...—empezó a decir Juan.

Pero Hubert le atajó con brusquedad, clavando en él una mirada ardiente de odio inextinguible.

—Guárdese usted su dinero, señor. No quiero deberle nada.

—Vaya, vaya—dijo Rouletabille—. En vista de esto, tomaremos los tres mañana el tren para Innsbruck y no se hable más. Decididamente, reina la confianza entre nosotros—agregó con un buen humor harto comprensivo.

—Señor Otto, sírvanos la sopa.

Durante la cena Hubert no despegó los labios, mientras Rouletabille contaba a Juan cuanto le había ocurrido después de haberse separado y le detalló los últimos acontecimientos y su persecución en el bosque. Juan, al oírle, manifestaba febril impaciencia. Atropelló el fin de la cena y los dos jóvenes salieron.

—Vamos a dar una vuelta antes de acostarnos.

Hubert no respondió palabra.

—¡Qué oso!—exclamó Rouletabille.

—Lo que no me explico—murmuró Juan en cuanto se alejaron de Hubert—es que, estando ahora tan cerca de Odette, la sueltes para ir a Innsbruck...

—¡Ahl, quieres que empecemos de nuevo... En primer lugar, no suelto a Odette, porque aún no está en mi mano; pero estoy seguro de que lo esté en Temesvar, y esto debía consolarte. Ahora voy a decirte por qué voy a Innsbruck. Ha dos horas que llegué a New-Wachter..., y al punto averigüé cuanto hizo Hubert durante mi ausencia; pagué a un oficial de Correos para que me copiase el telegrama recibido por nuestro buen amigo; helo aquí...

Juan leyó:

«He vendido página romanca a Nathan, anticuario Innsbruck.—STEVENS.»

—¿Comprendes ahora?— repuso Rouletabille...

—A fe mía, ni palabra...

—¿No comprendes que aun cuando no hubiéramos nosotros ido a Innsbruck, se hubiera allí personado Hubert?

—Lo que no comprendo es por qué vamos nosotros. ¿Qué importancia tiene una página romanca?

—Cabalmente—asintió Rouletabille—, pero creo que es hora ya de que te percales... ¡Juan! ¿Amas sinceramente a Odette?

—¿Y tú me lo preguntas?

—Pues bien: vas a saberlo todo.

Y le informó de todo. Cuando supo Juan que no era hija de la señora de Lavardens, sino de una cingara, solamente exclamó: «¡Pobre niña!» Rouletabille le estrechó la mano. Cuando ya no ignoró detalle de la importancia de la tragedia que se estaba representando en aquel momento y cuyo último acto iba a desarrollarse en Sever-Turn, gimió:

—Yo moriré, pero ellos no la retendrán.

De pronto, comprendió la importancia del Libro de los Antepasados y la urgente necesidad de saber qué interesaba tanto a Hubert en aquella página romanca retenida por el anticuario de Innsbruck...

Al día siguiente, ya en la capital del Tirol, mientras Juan y Hubert escogían cuarto en el hotel, Rouletabi-

lle se personó en casa de Nathan, cuya tienda estaba sita en el Alstadt (ciudad vieja).

—He sabido, señor, que usted posee un curioso documento romancho.

—Muy curioso, señor, y seguramente uno de los más antiguos que han pasado por mis manos...

El anticuario no opuso dificultad en enseñárselo.

—¿Cuánto quiere usted por él?—preguntó Rouletabille, mientras enrollaba el precioso documento...

—¡Ay!, señor, está ya vendido...! por telegrama lo ha recuperado un aficionado a estas cosas...

A Rouletabille se le escapó sin querer una concisa blasfemia, aunque no era ésa su costumbre..., mas ya nada tenía que hacer. A todas sus ofertas contestaba el anticuario siguiendo en la tarea de colocar el documento en su caja...

—¿Podría saber, al menos, lo que quieren decir estos caracteres?—le preguntó.

—No sé leer el romancho.

El repórter, totalmente vencido, regresó en seguida al hotel, donde Juan le esperaba.

—¡Estamos lo mismo! ¿Dónde anda Hubert?

—Me dejó hace unos minutos.

Y cuando su amigo le contó la visita a la tienda del anticuario, repuso:

—Decididamente no tenemos suerte.

La admiración que sentía hacia Rouletabille se redujo a cero.

Al cabo de poco rato, Hubert fué a reunirse con ellos. Traía cara de satisfacción muy expresiva. En el camino, un cazador puso en sus manos una carta. Paróse a leerla. Decía así:

«Desconfíe usted de Rouletabille, que se trae un juego que nadie entiende... Si quiere usted saber más, acuda esta noche, a las diez, a la entrada del Parque de las Rosas.»

La carta era anónima.

Hubert se metió la misiva en el bolsillo.

—Voy a vigilarte, querido joven—murmuró Rouletabille, que tenía pendiente el desquite con Hubert—; voy a vigilarte...

A la hora prevista para la misteriosa cita, Hubert se hallaba ya en la entrada del Parque de las Rosas. Paróse ante él un coche cerrado que andaba lentamente; se bajó la cortinilla de la portezuela y apareció una joven con la faz ligeramente velada. Le hizo una señal, se abrió la portezuela, subió Hubert, y en seguida la portezuela se cerró, se bajó la cortinilla y el coche siguió su camino.

CAPÍTULO IV

EL ROBO...

¡Ah! ¡Quién contará jamás los cadáveres
infaustos que yacen insepultos en el abis-
mo de sus negros ojos!

ALBERT SAMAIN.

ME pregunta usted quién soy? Todo el mundo le dirá que soy una antigua amiga de Rouletabille. Se ha portado conmigo de modo infame. Me llamo señora de Meyrens.

Calló.

Este nombre produjo gran efecto. ¿Quién no había oído hablar de la señora de Meyrens? Sus casamientos, que fueron otras tantas aventuras trágicas; sus eclipses súbitos, sus reapariciones resonantes y el misterio de su vida ahora, según rumores, puesta al servicio de la alta policía, todo ello había suficientemente intrigado a Europa y llenado numerosas columnas de la prensa para que hasta Hubert, por alejado

que viviera del drama mundano, se percatase de la trascendencia de la alianza que se le brindaba. ¡Ah! Sin duda era preferible tener a tal mujer como amiga y no como enemiga.

El coche en que iban aceleró su marcha.

—¿Adónde vamos?—preguntó Hubert.

—Donde estaremos tranquilos para charlar.

La señora de Meyrens levantó las cortinillas cuando entraron en una de las calles más transitadas de la ciudad.

El coche paró ante el vestíbulo de un gran establecimiento nocturno, un *dancing-restaurant, music-hall*, que a aquella hora estaba muy concurrido. Hubert quedó pasmado.

—Entre tanta gente pasa uno inadvertido. Arriba hay cuartos particulares, donde nadie nos estorbará y donde podemos cenar, querido, pues tengo un hambre canina... No he comido desde mi llegada a Innsbruck.

—¿Cuándo llegó usted?

—A la misma hora que usted...; venía en el mismo tren.

La señora de Meyrens impelió a Hubert a precederla, le empujó a través de una compacta muchedumbre que salía de la sala durante el entreacto, después subieron por la escalera y llegaron al pasillo, desde el cual un *maitre d'hôtel* les guió hasta un amplio salón, que era al mismo tiempo palco del teatro, desde

el cual, sin ser vistos, podían ver cuanto ocurría en la escena y en la sala.

La extraña viajera púsose a sus anchas, se desprendió del manto, se quitó el sombrero, sacudióse los cabellos, se empolvó ante el espejo y encomió en gran manera el primer plato que se le sirvió.

—Perdone usted, querido.

Pidió *champagne*, y mientras lo traían, apuró de un trago una copita de aguardiente de estilo ruso.

Hubert había encendido un cigarrillo y no probaba bocado. Inspirábale enorme interés aquella mujer singular, cuyo raro encanto había ya causado tantas catástrofes. Cuando terminó de pellizcar en todos los platos, ella también encendió su cigarrillo, apoyó los codos sobre la mesa y púsose a mirar con aquellos sus ojos profundos e inquietantes, cuyos párpados estaban recargados de *khól*. Su fisonomía en reposo tenía cierto aire fatal e implacable que recordaba a Hubert que la señora de Meyrens se paseaba por la vida inseparablemente ligada a dos compañías: al Amor y a la Muerte.

Afortunadamente, él no temía a ninguna de las dos. La señora de Meyrens carecía de motivos para matarle, y además él amaba...

—No es usted hablador—le dijo echándole a las narices una bocanada de humo de tabaco oriental...

—He venido para oírla—replicóle—, y cuanto más miro a usted, más me pregunto por qué vino usted

esta mañana precisamente en el mismo tren que nosotros...

—Porque iba en busca de Rouletabille... Supe que el señor de Santierne acudía a reunirse con él... Seguí a Santierne hasta New-Wachter y seguí a todos ustedes desde New-Wachter hasta aquí.

La señora de Meyrens decía todo ello con cierta negligencia, arrastrando las palabras al modo eslavo, en seductora melopea...

Luego empezó a hurgar en el plato rebosante de caza negruzca en dulce...

—¡Pero coma usted!

—Gracias, no me apetece. He comido ya muy bien en el hotel con Santierne y Rouletabille. Pero usted, ¿cómo no probó bocado desde nuestra llegada?

—Porque no hice otra cosa que vigilarles a ustedes, que rastrearles. No les quité ojo... Sobre todo a Rouletabille... Usted sabe que en cuanto se apeó voló a casa del anticuario, en donde usted a continuación se personó... Grande debió de ser su interés de llegar antes que usted... No columbro de qué pueda tratarse... pero conozco a mi Rouletabille...

Y con malicia púsose a reír, mostrando sus agudos dientecillos...

—Sé a qué fué—dijo Hubert—... Afortunadamente, comprometí a todo trance por telégrafo la compra del documento...

—Sí, sí; usted, sin darse cuenta, lleva de cabeza

a Rouletabille, como él lleva de cabeza a todo el mundo. ¡Oh!, no ha traicionado su nombre; buenas vueltas me hace dar a mí, a mí...

—¿Pues qué le ha hecho?

—Cosas muy fuertes—dijo con voz apagada—... pero... me las pagará... y para pagármelas... será menester...

—¿Qué será menester?

—Si se lo digo, usted mismo me suplicará que me apiade de él...

—Es usted feroz...

—No es eso un secreto para nadie...

De un trago apuró la copa rebosante de champán..

—Ya ve usted; el tunante se ha burlado de mí... Ha jugado con el amor... Yo no gasto nunca bromas con el amor... Lo es todo o nada... Dure lo que dure, no engaño a nadie... Todos saben a qué se exponen conmigo. Sí... se ha portado conmigo como un trapacero. No me amaba... No he de ocultarle a usted nada...; tengo estrechas relaciones con la más encopetada policía...; esto puede servir... puede ser provechoso a todos... le sirvió a él... para robarme mis secretos... secretos horribles..., que es menester que se lleve a la tumba... lo más pronto posible ciertamente... Me ha descubierto... perdido, ante mis jefes superiores... Era yo una potencia... Había de contarse conmigo en toda Europa... hasta los más poderosos... Ese chiquillo me ha puesto en ridículo... Horrible, horrible... Y creí,

tonta, que me quería... No, nunca me ha querido... Ama sólo a Odette...

—¡Ahl, no lo he dudado nunca—exclamó Hubert...

—Eso prueba, querido, que no es usted imbécil... ¡Es realmente sensible ver a los tres tan estrechamente unidos para salvar a una señorita que cada uno por su parte codicia! ¡Y cuando uno piensa en la ciega confianza que ha puesto Juan en ese miserable chiquillo!... Cree que Rouletabille trabaja a favor suyo, a favor de Juan; pero Rouletabille, con su traza de buen muchacho, siempre trabajó en provecho propio... Ha jurado que Odette será su mujer... pero yo... he jurado también vengarme... Querido, ¿quiere usted ayudarme? Le tendrá a usted cuenta, se lo aseguro... Odette no llegará a ser quizás la mujer de Juan... pero no lo será tampoco de Rouletabille... ¿Usted la desea, señor de Lauriac? Pues yo se la entrego.

—Señora — dijo Lauriac tendiéndole la mano —, acepto... Acepto, más bien que a Odette, la alianza que usted me propone en estos difíciles momentos... Puede serme valiosa, pues, en efecto, Rouletabille es un formidable adversario... Pero tranquilícese: en cuanto a la señorita de Lavardens... *no puede escapárseme...*

—Quiero creerle a usted — repuso la señora de Meyrens completamente escéptica —... pero ¿no se forja usted alguna ilusión?

—Ninguna...

—¿Y qué le da a usted tanta confianza en sí misma?

—¡Ah, eso es! Usted indaga todos mis secretos y yo aún no le he preguntado nada... No es usted confiado, señor de Lauriac... Veamos, ¿qué desea usted saber?

—Lo siguiente: ¿Tiene usted pruebas de la doblez de Rouletabille respecto a su amigo Juan? ¿Y respecto de la señorita de Lavardens?

—Más... Tengo más... Tengo las pruebas de la inteligencia completa de la señorita de Lavardens con Rouletabille...

—No es posible—exclamó Hubert levantándose—... ¿Pruebas irrefutables?

—Pruebas terribles.